

Robo y fractura.

Una vez en la calle, el Cura organizó su tropa en grupos y la escalonó de manera que entre la casa de la Espigada y aquella en que iban á verificar su negocio él y sus dignos socios, habia una especie de cadena humana, para trasladar, sin que lo sintiese la tierra y pasándolas de mano en mano, las tagas de onzas de la caja en que se hallaban á la taberna de la Quiñones.

Como iniciador y director del negocio, el Cura se reservó el peligroso honor de sacar de la caja las peluconas, como él las llamaba, y darlas inmediatamente al Estreñido que aguardaria por la parte de afuera, é iria, conforme las fuese recibiendo, llevándolas al hombre que formaba el primer eslabon de la cadena de que hemos hablado, quien las pasaria al segundo, y así sucesivamente.

La operacion presentaba sus graves dificultades. Diez y nue-

ve sacos de onzas, por bien organizada que estuviese la pequeña banda, y por ingenioso que fuera el sistema de traslacion adoptado, no se pasean impunemente á deshoras de la noche por una ciudad donde los guardas y las rondas abundan. Pero si no hubiera peligro en apropiarse lo ajeno, el oficio de ladrón se generalizaria enormemente y dejaria de ser lucrativo. El Cura, que esperaba *remediarse* para siempre con la parte que le tocara, no se arredraba por tan poco, y varias veces que en negocios de igual naturaleza le habian indicado sus compañeros los peligros que preveian, contestó con desenfado que el que no se arriesgaba no pasaba el mar.

Otro peligro podrian correr el Cura y el Estreñido, no menor que el de caer en manos de la justicia; el de que sus compañeros se alzaran con el santo y la limosna y los dejaran á la luna de Valencia; pero ni lo temian siquiera, confiados en la acrisolada buena fé y la escrupulosa conciencia de sus amigos. Los sabian capaces de desplumar á cuantos cayesen en sus manos; pero sabian tambien que en tratándose de negocios entre hermanos de la misma cofradia, la honradez y la equidad eran su divisa.

Llegados á la reja, una de cuyas barras habia tenido cuidado de limar el Cura con la necesaria anticipacion, pocos esfuerzos tuvieron que hacer para que cediera, dejando el hueco necesario para que pudiera entrar un hombre. La puerta y la vidriera, dejadas sin trancas ni pestillos, se abrieron con un ligero empuje, y el Cura penetró en el escritorio.

Estaba completamente á oscuras y reinaba un silencio sepulcral. El Cura era valiente, pero al saltar de la ventana al piso no pudo ménos que estremecerse ligeramente, y conteniendo la respiracion, con las manos en el pecho oprimiéndole con fuerza, como tratando de que no se oyese los latidos de su corazón, permaneció un momento en acecho, y hasta que es.

tuvo seguro de que se hallaba completamente solo se aventuró á dar el primer paso.

El cajero, su cómplice, le habia dado un plano exacto de los lugares; y sin gran trabajo, con los brazos tendidos hácia de lante para evitar encontrarse con algun objeto y caer, dió al fin con la caja, que por un exceso de atencion del que la manejaba estaba abierta y con las llaves en la cerradura.

El Cura habia descubierto su Eldorado.

Hizo un impulso para abrir la caja, y esta cedió fácilmente al tocar los sacos, las fuerzas le faltaron y creyó iba á desmayarse; pero armándose de valor tomó con una mano el primero que halló á su alcance y se acercó á la ventana.

No se oia el menor ruido en la calle.

El Cura arañó ligeramente el marco de la ventana.

—Sin novedad—dijo en voz baja el Estreñido empujando la puerta, que habia cerrado al bajar de la ventana el Cura.

—Toma,—contestó este—que le lleven con precaucion y debajo de la capa.

—Pierde cuidado.

El Estreñido tomó el saco y se apartó de allí procurando que no sonasen mucho sus pisadas.

A poco andar encontró á un hombre que estaba de pié en el dintel de una puerta, y que al verle echó á andar en la direccion que traia.

Llevaba tambien ancha capa española y recibió de el saco manos del Estreñido, que volvió por el segundo.

Apénas llegó á la ventana y pronunció las dos palabras que habia dicho ántes, un segundo saco fué puesto en sus manos por el Cura.

Serian las dos de la mañana cuando los parroquianos del "Padre Noé" comenzaron su excursion, y no habian sonado las tres cuando el primer saco llegaba á la taberna á poder del Es-

cribano, nombrado por unanimidad tesorero provisional de la Compañía.

Es probable que en Cádiz duerman, ó durmieran al ménos en aquella época, los guardas y rondines tan patriarcalmente como en cierto país que nosotros sabemos, porque ántes de que el toque de alba anunciara la aparicion del día, el Cura y sus compañeros, brilládoles los ojos de codicia, hacian en silencio el reparto de aquel tesoro, separando religiosamente la parte que tocaba al infiel empleado y que el Cura se encargó de entregarle, depositándola, miéntras llegaba la ocasion, en un escondite *ad hoc* que para semejantes casos habia debajo del entarimado de la sala principal de la taberna.

Concluida esta operacion, el Estreñido propuso un brándis por que fuese feliz el viaje que pensaban hacer á América los consocios, para aprovechar desde luego el tesoro que habia caido en sus manos y escapar á la justicia que creian tomaria inmediatamente cartas en el asunto; y su proposicion fué aprobada por unanimidad.

En seguida subió á la habitacion de la Espigada que dormia profundamente, y con tan pesado sueño que no sintió le desataba las ligaduras con que la habia atado á la cama, y solo respiró ruidosamente cuando le quitó el pañuelo que le habia puesto en la boca para impedirle que gritara.

—Duerme como una marmota—bajó diciendo.

—¿No habrá olido nada?—preguntó el Escribano.

—Ni sintió siquiera cuando la desaté.

—Es preciso marcharnos—dijo el Cura.

—Pero y aquello?—replicó el Estreñido, dirigiendo una mirada al lugar donde estaban encerrados los talegos que le correspondian al cajero.

—Nadie mas que nosotros sabe que está ahí, mañana lo entregaremos á su dueño tu y yo.

—¿Y la Espigada?

- Haremos de modo que nada vea.
 —Y si pregunta algo de esta noche?
 —¿Hay mas que decirle que lo soñó?
 —Donosa ocurrencia!
 —En marcha poco á poco, que ya comienza á haber luz y pronto habrá gente en la calle. ¡Cuidadito con imprudencias! El que quiera cambiar su morralla que me haga el encargo.

XXVI.

Suspension de pagos.

Las nueve de la mañana daban en el reloj de la casa del señor Gonzaga, cuando los dependientes salian del comedor contentos y satisfechos, como gentes que acaban de hacer un buen almuerzo y se consideran fuertes y capaces para trabajar un dia entero.

Todos habian hecho, como de costumbre, honor al almuerzo, en el que un plato de magras con tomate mereció los honores de la general repeticion.

Pero entre todas aquellas caras alegres habia una que acusaba profunda preocupacion en su dueño, y contrastaba notablemente con las demas.

Durante el almuerzo, algunas bolas de pan dirigidas con tino á la nariz del que tan preocupado se hallaba no habian podido distraerle.

—¿Qué tiene este Perico ahora?—preguntaron varias veces los dependientes del señor Gonzaga.